

# Vida Romántica de Chopin

por André Maurois

“Vivir junto a Madame Sand era vivir en un mundo de bellas quimeras, de maravillosas utopías, de sueños extraordinarios.”

—Palabras de un admirador anónimo de Jorge Sand.)

**G**USTAR a esas buenas gentes es delicioso, pero lo que ahora desea Federico Chopin es gustar a una joven que le parece ser lo más bello que ha visto en el mundo. Ya no piensa en María Wodzinska, la pequeña de cabellos negros, que aún es una niña, en tanto que él mismo ha llegado a ser un adolescente. La que ahora ocupa sus pensamientos es una joven cantante, a quien ha descubierto en la ópera de Viena, y cuyo nombre es Constanca Gladkowska. Bella polaca rubia, de ojos azules, constituye su ideal, y todas las noches sueña con ella. Compite ahora para ella. Cuenta a su pianito que no se atreve decir a Constanca. Finalmente, entra en relación con su amada, tiene la felicidad de acompañarla y da, el día en que cumple veinte años, un concierto al que ella asiste, en primera fila. Una sonrisa de Constanca le es más preciosa que todos los aplausos.

A su mejor amigo, Tito, le escribe que ha podido obtener una cinta con la cual Constanca se ató una vez los cabellos, y que la lleva siempre junto al corazón. Un día, saliendo de la iglesia, ve a su bienamada:

Mis ojos han sorprendido su mirada...Entonces me lancé a la calle y necesité un cuarto de hora para volver en mí. A veces estoy tan loco, que resulta espantoso. Pero el próximo sábado saldré para Viena, suceda lo que suceda. Pondré mi música

en la valija, su cinta en mi zurrón y mi zurrón en el hombro. ¡Y adelante, en la diligencia!

\* \* \*

En efecto, debe partir para Viena. Lo prometió, hasta entonces, no ha hecho más que un viaje, y demasiado corto, a esa gran ciudad musical que tiene que hacerse conocer allí y, sobre todo, sus amigos quieren hacerlo salir de Varsovia, donde sabe que estallaré pronto una revolución contra los rusos.

¡Oh felicidad! La misma Constanca acepta figurar en el programa del último concierto que da ante de abandonar Polonia. Lleva un vestido blanco, rosas en sus cabellos rubios y canta deliciosamente, con una voz un poco temblorosa, una cavatina de Rossini: “¡Oh cuántas lágrimas he vertido por ti!...” Después de haberla llevado hasta el foro con una gentil reverencia, Federico improvisa sobre un tema popular: “La luna estaba acostada y los perros adormecidos”, y es tan aplaudido que debe volver a saludar cuatro veces. Ahora no le queda sino cerrar las maletas, ¡Y adelante, en la diligencia!

Partir es una grande y triste aventura cuando uno se aleja de la patria en un momento grave:

Tengo el presentimiento de que abandono Varsovia para no retornar

jamás a casa. Llevo en mí la convicción de que digo adiós para siempre a mi país. ¡Oh, qué triste debe de ser morir en otra parte que en la tierra natal!

También los amigos de Chopin sentían que quizá no volviese. Por eso, encabezados por su viejo maestro Elsner, lo acompañaron hasta los suburbios de la ciudad. Allí ejecutaron una cantata compuesta por Elsner para Chopin, le ofrecieron un banquete y, a los postres, le entregaron una copa de plata que, para él, habían llenado de tierra polaca. El pobre muchacho, ya muy emocionado, estalló en lágrimas y juró que jamás apartaría de sí el recuerdo de su país. Cumplió tan bien su palabra, que al morir, en una Francia que llegó a ser su segunda patria vacióse sobre su ataúd la copa de tierra de su patria.

\* \* \*

Dresde... Viena... Allá se enteró de que había estallado en Polonia la rebelión contra los rusos. Unos estudiantes polacos quisieron arrestar al gran duque Constantino, ese viejo gobernador de cara gesticuladora que antaño lo llamara “señor Chopin”. Pero el pájaro había volado. Y ahora las tropas rusas iban a atacar a Varsovia. No bien se enteró de esas noticias, el mejor amigo de Chopin, Tito Woyciechowsky, que lo

acompañaba, regresó para batallas. Habría querido seguirlo, pero lo detuvo una carta de su padre:

Había—le escribió Nicolás Chopin—otro deber: hacer oír en el exterior la voz de la patria amordazada.

Se resignó, mas no sin sufrir: Quisiera morir por ti, por todos ustedes... ¡Ah, que no pueda ser al menos vuestro tambor!

Iba a ser mucho más... su canto, su alma.

En Viena, la vida resultaba penosa para un patriota polaco. Los austriacos le eran hostiles. Es doloroso vestirse, ir a cenar, guardar la apariencia de un hombre tranquilo, dar conciertos cuando aquellos a quienes se ama combaten. Sin embargo, tenía pequeñas felicidades. En la Biblioteca de Viena, un día leyó en el catálogo: CHOPIN; Obras”.

“¡Toma! —se dijo—. Esto debe de ser un error. Jamás hubo un Chopin célebre...”

Pidió el volumen y le trajeron la música de Federico Chopin, compositor polaco. ¡Gran alegría! Otro placer muy dulce era volver a encontrar a una polaca que se llamaba Constanca. Ver esa querida inicial C en pañuelos, servilletas, le hacía pensar en su Constanca, en la de Varsovia. En las cartas a sus amigos, no la designaba sino por esa C:

No, no puedo completar su nombre... Mi mano es demasiado indolente para ello. Podría arrancarme los cabellos cuando pienso que puedo olvidarme. Decidle a mis padres que soy muy feliz y que me divierte enormemente... Si C, se burla de mí, decidle lo mismo... Si amablemente pide noticias mías, decidle que, lejos de ella, me siento abandonado e infeliz... Pero, ¿me amaba ella? ¿O representaba su papel? ¡Qué difícil es adivinar! ¿Sí o no? Sí, no, no, sí... Sí, es seguro. Pero que se haga su voluntad.

Pensando en ella, compuso un “concierto”. En esa desierta ciudad desconocida aún oía cantar en su interior las melodías de su país. En su diario, escribía:

Las gentes de aquí no son “nuestras” gentes... Estoy triste, desorientado...





...una ocupa sus pensamientos es una joven cantante, a quien ha descubierto en la ópera de Viena, y cuyo nombre es Constanca Gladkowska. Bella polaca rubia, de ojos azules, constituye su ideal, y todas las noches sueña con ella. Compondrá ahora para ella. Cuenta a su piano lo que no se atreve decir a Constanca. Finalmente, entra en relación con su ama, tiene la felicidad de acompañarla y da, el día en que cumple veinte años, un concierto al que ella asiste, en primera fila. Una sonata de Constanca le es más preciosa que todos los aplausos.

A su mejor amigo, Tito, le escribe que ha podido obtener una cinta con la cual Constanca se ató una vez los cabellos, y que la lleva siempre junto al corazón. Un día, saliendo de la iglesia, ve a su bienamada:

Mis ojos han sorprendido su mirada...Entonces me lancé a la calle y necesité un cuarto de hora para volver en mí. A veces estoy tan loco, que resulta espantoso. Pero el próximo sábado saldré para Viena, suceda lo que suceda. Pondré mi música

do corto, a esa gran ciudad musical tiene que hacerse conocer allí y, sobre todo, sus amigos quieren hacerlo salir de Varsovia, donde saber que estallará pronto una revolución contra los rusos.

¡Oh felicidad! La misma Constanca acepta figurar en el programa del último concierto que da ante de abandonar Polonia. Lleva un vestido blanco, rosas en sus cabellos rubios y canta deliciosamente, con una voz un poco temblorosa, una cavatina de Rossini: "¡Oh cuántas lágrimas he vertido por ti!..." Después de haberla llevado hasta el foro con una gentil reverencia, Federico improvisa sobre un tema popular: "La luna estaba acostada y los perros adormecidos", y es tan aplaudido que debe volver a saludar cuatro veces. Ahora no le queda sino cerrar las maletas. ¡Y adelante, en la diligencia!

Partir es una grande y triste aventura cuando uno se aleja de la patria en un momento grave:

Tengo el presentimiento de que abandono Varsovia para no retornar

suburbios de la ciudad. Allí ejecutaron una cantata compuesta por Elsner para Chopin, le ofrecieron un banquete y, a los postres, le entregaron una copa de plata que, para él, habían llenado de tierra polaca. El pobre muchacho, ya muy emocionado, estalló en lágrimas y juró que jamás apartaría de sí el recuerdo de su país. Cumplió tan bien su palabra, que al morir, en una Francia que llegó a ser su segunda patria vacióse sobre su ataúd la copa de tierra de su patria.

\* \* \*

Dresde... Viena... Allá se enteró de que había estallado en Polonia la rebelión contra los rusos. Unos estudiantes polacos quisieron arrestar al gran duque Constantino, ese viejo gobernador de cara gesticuladora que antaño lo llamara "señor Chopin". Pero el pájaro había volado. Y ahora las tropas rusas iban a atacar a Varsovia. No bien se enteró de esas noticias, el mejor amigo de Chopin, Tito Woyciechowsky, que lo

ser un error. Jamás hubo un Chopin célebre...."

Pidió el volumen y le trajeron la música de Federico Chopin, compositor polaco. ¡Gran alegría! Otro placer muy dulce era volver a encontrarse a una polaca que se llamaba Constanca. Ver esa querida inicial C en pañuelos, servilletas, hacía pensar en su Constanca, en la de Varsovia. En las cartas a sus amigos, no la designaba sino por esas C:

No, no puedo completar su nombre... Mi mano es demasiado indolente para ello. Podría arrancarme los cabellos cuando pienso que puede olvidarme. Decidle a mis padres que soy muy feliz y que me divierto enormemente... Si C, se burla de mí, decidle lo mismo... Si amablemente pide noticias mías, decidle que, lejos de ella, me siento abandonado e infeliz...Pero, ¿me amaba ella? ¿O representaba su papel? ¿Qué difícil es adivinar! ¿Sí o no? Sí, no, no, sí... Sí, es seguro. Pero que se haga su voluntad.

Pensando en ella, compuso un "concierto". En esa desierta ciudad desconocida aún oía cantar en su interior las melodías de su país. En su diario, escribía:

Las gentes de aquí no son "nuestras" gentes...Estoy triste, desorientado. No sé qué hacer de mí mismo.

Hacíasele cada vez más difícil permanecer en Viena. De Varsovia, las noticias eran espantosas:

Los suburbios están en llamas. Mis amigos, en manos de esos brutos. Mi pobre padre quizá está hambriento y mi madre carece de pan. Y yo aquí, impotente, sólo puedo sufrir y decirle al piano mi desesperación...

¿Adónde ir? Acaso a Londres, donde un polaco fiel a su patria sería menos desventurado que en Austria. Pidió pasaporte para Londres, "pasando por París". No podía imaginar entonces que ese París por el cual "creía pasar" sería la ciudad en la que viviría en adelante... y, un día, moriría.

